

CUENTO N° 18

TÍTULO: EL VENDEDOR

SEUDÓNIMO: CHABELA

AUTORA: BARBARA SÖLTER FREUND

EL VENDEDOR

Chabela

Hace veintidós años que Rigoberto es vendedor. Su trabajo lo realiza básicamente los trescientos sesenta y cinco días del año. Su destino son los diferentes puntos estratégicos en las provincias del país. Él conoce todas las carreteras al revés y al derecho.

Llovía.

Se vivía el mes de Julio.

No puso resistencia a lo que veía desde lejos. Bajó la velocidad. Tras los vidrios empañados y un limpiaparabrisas, que casi no cumplía su función, distinguió nítidamente una silueta humana: era una niña.

Frenó.

¡Santo cielo! Con este diluvio y una niña con un bultito en los brazos.

Sintió el chirrido de los frenos ¡ojalá no la haya atropellado! ¡Pero cómo ponerse en medio de la carretera!

Abrocho su impermeable bien fuerte al cuerpo, bajando su sombrero más hacia su cara.

Se bajó del auto para encontrarse con la lluvia y la carretera desierta. Corrió al capo del auto. Miró desesperadamente entre el agua y los cuatro costados de su Ford Caravelle. Nada

Se impacientó y comenzó una búsqueda en todo el alrededor.

No pudo ver a nadie.

Volvió desanimado al auto, apretó sus mandíbulas y continuó su camino.

¿Sería la lluvia? ¿Debía estar cansado?

Esa noche en el hotel de turno no lograba conciliar el sueño. Una pesadilla volvía y volvía a su mente. La niña que se tiraba contra el auto. Un perro saltaba lejos dejando estelas de sangre entre el barro y la lluvia.

Realizó sus deberes como de costumbre al día siguiente. Almorzó, más bien devoró su alimento y partió enseguida. Había que cumplir con la firma. La carretera era un océano gris ante su mirada. Uno que otro vehículo se divisaba

tenuemente en dirección contraria. Miró la hora y aceleró. El limpiaparabrisas luchaba infructuosamente contra la llovizna.

Ya comenzaba a oscurecer.

En esta estación del año y en este planeta oscurecía tan temprano en invierno. ¿Por qué no irse por qué no cambiar?

Era viudo. Se cumplían tres años de la muerte de su segunda mujer y tenía dos hijos de su primer matrimonio que ya vivían sus vidas. De cuando en cuando, en algunas ocasiones, pasaba a ver a sus nietos. ¿Qué lo ataba a la firma? ¿Por qué no tirar todo por la borda? ¿Estaré muy viejo para eso? Pensó. Claro, claro eso debía ser. Excusas siempre había excusas para cambiar las cosas, la vida.

Encendió la radio del auto y la música suave lo envolvió dando rienda suelta a su permanente nostalgia.

Una noticia de último minuto lo alerto:

Solicitamos encarecidamente avisar al teléfono 227 89 04 en caso de tener alguna pista de una niña de 8 años, viste un impermeable amarillo, botas y un gorro blanco. Sus padres la buscan desesperadamente. Desapareció del colegio en la mañana de ayer. Su nombre es Sara Catarina Alvear. Muchas gracias.

Una niña de 8 años extraviada. ¡Qué está pasando con la juventud de hoy! Ya no están a gusto en ningún lugar.

Apagó la radio y el monótono ruido de la lluvia sobre el capo casi lo hace cabecear. Repentinamente tuvo que hacer una maniobra desacostumbrada. En la semi-penumbra, en el punto conflictivo de la carretera y a unos metros distinguió la misma figura humana que viera ayer.

¡No puede ser! ¿Me estaré volviendo loco?

Al salir del auto la lluvia empapó su cara

¡Qué sorpresa! “Te vuelvo a encontrar”. “Menos mal no estaba delirando”.

¿Pero dime que haces aquí en el Kilómetro 185 y a esta hora?

Lo que estaba frente suyo, era una niña vestida tal como lo había escuchado en el noticiero de la radio.

“Entra, entra” ¿puedo llevarte a algún lugar?

La muchachita apretaba un bultito delante de ella y se sentó en total silencio.

Continuó su viaje de regreso a la ciudad. Mirando por el espejo retrovisor preguntó: ¿cómo te llamas?

Silencio

“Dime por lo menos, que puedo hacer por ti”.

Largo rato se escuchaba solamente la lluvia y el motor del vehículo.

Volvió a mirar por el espejo retrovisor. La chiquilla evidentemente iba preocupada.

Su cara era una roca. ¡Tan pequeña y tan seria! Había abierto el bultito un poco.

Sentí un gemido. Asomó la cabeza de un animal. Una oreja verde y la otra violeta.

Será la lluvia, estaba viendo mal, pensó.

Llegaron a la ciudad. Sólo en ese momento oyó decir a la pequeña:

“Señor, necesito me deje con un doctor”.

¿Qué, está enferma?

“No”.

“Es mi perro. Tiene mucha fiebre. Lo van a matar”.

¿Quiénes?

“Los grandes”.

“O sea, si entiendo bien necesitas un veterinario”. “Veamos”. Enfiló por mil calles hasta lograr llegar a uno de turno.

“Apúrese, señor por favor, Rocky muere”.

Tocamos el timbre. Al rato apareció un hombre de blanco y nos atendió.

Cuando ya había pedido los datos y Sara casi lloraba, cogió el bulto y le sacó la manta que lo escondía.

¡Eso es un perro! Articule.

Los grandes ojos negros de Sara me perforaron.

Había sobre la mesa del veterinario un animal. Si, de cuatro patas, ¿pero qué significaba su piel multicolor? Un hocico puntiagudo, casi sin bellos. No se podían

distinguir sus ojos. Mientras el veterinario trataba de examinar esa cosa, miró fijamente a Sara y le dijo: “esto que tú traes no es un animal es un robot”.

“No, señor no, Rocky está vivo, yo lo encontré en el bosque la primavera pasada y lo lleve chiquitito a casa. Lo crié y hasta conversamos”.

¡Ayúdele, por favor!

Lo lamento chiquilla nada puede hacer la medicina humana. No tengo antídoto contra un malestar que no puedo detectar con mis instrumentos.

Sara cogió la manta envolvió a Rocky y salió disparada del lugar.

¡Espera, grite! ¡Maldita lluvia!

Me senté tras el volante y traté de seguirla. No hubo caso, ni rastros de Sara y menos del para ella perro Rocky.